

## art buchwald

### WALTER Y LA CONQUISTA DEL ESPACIO

WASHINGTON.—Hemos conseguido otro triunfo espacial, y aunque todavía es excitante hablar de estas cosas, noto que cada vez que regresa de la Luna un vehículo, más y más gente me pregunta: "¿Qué más hay de nuevo?"

Descubrí que esto es particularmente cierto con las personas menores de veintidós años. Durante los recientes vuelos de los vehículos "Apolo" observé que mi esposa y yo pasábamos más tiempo frente a la televisión, solos, mientras nuestros hijos rondaban por la casa, disgustados, porque no podían ver sus programas favoritos.

—Venid a ver las fotografías de la Luna —les gritaba yo, pero sólo conseguía la misma respuesta:

—¡Oh!, ya hemos visto fotografías de la Luna.

—Pero éstas son en color.

—No hay nada que ver aparte de las rocas.

—Pero son rocas distintas a las de este planeta —argüía yo.

Y una voz enojada respondía:

—No debieran haber quitado el "Lucy Show".

Todas las emisoras de televisión realizaron un excelente trabajo con estas transmisiones. Aprecio a Jules Bergman, de la ABC, y agradezco a Frank McGee sus charlas acerca de lo que está ocurriendo en el espacio. Pero sin menospreciar lo que estos hombres hacen, mi esposa y yo parecemos identificarnos más con Walter Cronkite. Mi esposa se identifica con él todavía más que con los astronautas. Si Walter se muestra calmado, ella también lo hace. Si parece nervioso, mi mujer se desasosiega. Walter, más que ningún otro, no ve a través de esas fotografías y realmente contamos con él para ver que los "Apolo" regresen sin daño a la Tierra.

Recuerdo la noche de las dificultades. Mi esposa y yo estábamos sentados frente al televisor, bebiendo café. Walter nos había dicho lo bien que la cápsula lunar, llamada "Snoopy", se había portado al pasar por primera vez frente a la Luna. Dijo que todo había sido perfecto, excepto alguna dificultad en las cámaras, por lo que nadie ciertamente podría culpar a Walter.

Ahora, "Snoopy" estaba en su segunda vuelta a la Luna. Tras funcionar el motor de descenso, empezó a hacerlo también el de ascenso, que se suponía debía conducirlo al vehículo madre. De pronto se oyó la voz del astronauta Cernan soltando una maldición. Walter, que explicaba lo que ocurría, se puso serio. Mi esposa dio un salto en su silla, exclamando:

—¿Qué pasa, Walter?

Casi lloraba.

—Séntate —le dije—. No te asustes; Walter nos informará.

—Pero se nota que está atemorizado —respondió ella.

Walter nos dijo que "Snoopy" estaba girando, al parecer, fuera de control. En el fondo podíamos ver a Cernan maldiciendo, mientras él y su compañero Stafford —según Walter— trataban de controlar la cápsula.

—¿Por qué no hace algo Walter? —preguntó mi mujer.

—El no está a cargo de la Misión —respondí—. Todo lo que hace es informar de lo que está ocurriendo.

—Pero es que es el único en el que tengo fe. ¿Qué saben los otros?

Ya entonces la dificultad parecía haber pasado, y "Snoopy" había logrado ser controlado. Walter sonrió aliviado, pero al mismo tiempo informó sobre algo serio que podía significar el aplazamiento del vuelo del "Apolo XI" y el descenso a la Luna.

—Walter va a suspender el vuelo a la Luna —comentó mi esposa.

—No, pero desea saber —apunté— exactamente qué ocurrió antes de darle su aprobación al "Apolo XI". No puedo censurarle por ello.

(Copyright 1969, The Washington Post Co.—Distribuido por Editors Press Service, Inc.—Agencia Zardoya.)

probadas a través de mil imaginadas situaciones, siempre resueltas con discreción y respeto. Y las actrices y actores —sobre todo las primeras figuras, que disfrutaban de una salita de recibir, formando parte de su camerino— también solían permanecer largas temporadas en un mismo teatro. De manera que, en su conjunto, el teatro funcionaba como una máquina de relojería.

La crítica, en última instancia, castigaba a los infractores, acusándolos de «lesa teatralidad» en cuanto se salían

partir de una estructura socioeconómica levantada en épocas pasadas. Esta disociación entre la vida y la costumbre sería, sin duda, una de las claves de la actual impotencia y amargura del teatro, tanto más evidente cuanto mayor sea la tiranía del viejo molde sobre las nuevas necesidades.

En esta coyuntura hay palabras que funcionan casi mágicamente. Una de ellas podría ser la de café-teatro. Imagina uno, aun sin haber visto jamás espectáculo de ese tipo, que saloncillos, dorados, vestíbulos, arañas,



«MANICOMIO DE VERANO», DE VIDAL ALCOVER

de los caminos formales y temáticos consagrados por la costumbre.

Pienso yo que fenómenos como el del café-teatro están íntimamente ligados a la aniquilación creciente de la vieja estampa. Porque al teatro le pasa lo que a tantas cosas: que los viejos moldes, aunque hayan perdido sentido, aunque estén culturalmente muertos, siguen ejerciendo una automática tiranía sobre el presente. Recordemos aquella famosa declaración de Antonioni, a raíz de presentar «La aventura» en un Festival Internacional de Cine.

El teatro moderno se encontraría, pues, metido en la siguiente contradicción: la necesidad de evolucionar dentro de un aparato creado justamente para todo lo contrario. Exigencias imperiosas de la vitalidad escénica entrarían, precisamente, la muerte del sistema que, anacrónicamente, gobierna el teatro. Que lo gobierna no lúcidamente —ésa sería una prueba de que el sistema aún tenía algún sentido—, sino formalmente; es decir, a

trésillos, críticos tradicionales, autores de la casa, académicos y fórmulas se van al demonio y que se replantea de abajo arriba toda una nueva estructura estética y funcional del teatro. ¿Qué no podrá hacerse —piensa uno— en un café-teatro? ¿Habrá quien se atreva a seguir allí con la vieja monserga de la división de géneros y la enumeración de preceptos teatrales? Todo parece abrirse, sin solemnidad, a la curiosidad de esa aventura creadora que, por lo general, niegan los rutinarios escenarios.

El problema está en que el café-teatro, y ahora me refiero específicamente al fenómeno en su versión española, no pueda responder a todas esas oscuras fuerzas que lo potencian. En que asuma una responsabilidad que le exceda. Y que, sometido a su vez a todas las prevenciones defensivas del sistema, no pueda ser ese espacio libre, creador y vivo que muchos quisiéramos. Convirtiéndose, a las primeras de cambio, en un mini-teatro domesticado. ■ J. M.

## JUVENTUD

### ¿Por qué huyen de sus casas los adolescentes?

El número de menores que huyen de sus casas es cada vez mayor en Francia. En 1968 se dieron casi diez mil casos, de los cuales 6.432 tenían su domicilio en París y en los seis departamentos periféricos; 3.592 eran muchachos y 2.840 chicas.

«En una sola noche, entre el viernes y sábado, recogimos a dieciocho», dice el comisario Lefebvre, jefe de la brigada de menores, quien añade con un puntillito de satisfacción: «No llegan lejos. El 60 por ciento cae a las cuarenta y ocho horas, el 25 por ciento a la semana y el 10 por ciento al mes». No obstante, hay un 5 por ciento que

se escurre de las redes policíacas; son los mayores, los que han cumplido ya los dieciséis. La policía no les presta menos atención, ya que tienen que concentrar sus efectivos sobre los fugatistas de pantalón corto. «Hay que elegir. Todos los días tenemos de quince a veinte fugas».

Los fugatistas no forman ya una pequeña pandilla de menores inestables. Son un fenómeno masivo. «Antes —señala un sociólogo— se huía de la miseria. La mayor parte de los fugitivos procedían de los medios más desheredados. Escapaban también de la escuela. La ola de desapariciones solía

# EN PUNTO

coincidir con el reparto de las notas. Huían sobre todo de la familia, de padres despreocupados o de padres absorbentes, de matrimonios divididos. Actualmente, los muchachos huyen de un mundo decadente, lleno de mezquinos y envidiosos. A los adolescentes les empuja a la calle el pánico a hacerse mayores, a llegar a ser como los mayores».

Una chica de quince años, a quien acaban de devolver —provisionalmente— al redil, declara: «Mis padres y su familia y sus amigos vivían como ratas en una covacha. Y querían arrastrarme a mí también. Las comidas eran como un duelo. Dame la sal, échame vino. No sé qué tipo de relaciones amorosas hay entre mis padres, aunque me lo figuro. Se sienten unos desgraciados porque no tienen alfombra en el comedor o porque los vecinos tienen un televisor más grande que el suyo».

Saben lo que quieren y lo que dejan. El objetivo ha cambiado. Sigue el sociólogo: «Ya no les atrae el dinero tanto como antes —prosigue el sociólogo—. Los fuguistas no siguen el

camino de la fortuna tantas veces descrito en la "prensa del corazón", ni tampoco las vacaciones solitarias. Desde que los padres comenzaron a permitir las vacaciones independientes dejaron de tener atractivo las fugas veraniegas». La policía confirma estas conclusiones del sociólogo.

¿Qué es pues lo que impulsa a estos adolescentes? «Una especie de filosofía basada en los principios espontaneidad-creatividad-solidaridad», responden los sociólogos. «Una determinación a rechazar la ética fundamentada en el tiempo-dinero, lo útil-gradable y el trabajo-productividad. En una palabra, un feroz deseo de vivir, no de sobrevivir».

Una madre comentaba acerca de su hijo, un muchacho de diecisiete años que localizó la policía a muchos miles de kilómetros de París, en la ruta del Nirvana: «Lo trastornó el ejemplo de los "beatniks" anglosajones». La clave de esta «huida» de los adolescentes la definió una fugitiva rubia, bastante culta: «No queremos un mundo en el que se cambia la garantía de no morir de hambre por la posibilidad de morir de asco». ■ M. R.

## EL SEXO Y LA URSS (II)

En la Unión Soviética continúa la «revolución sexual» con pasos más tímidos que en Occidente (ver TRIUNFO, núm. 365), pero aparentemente irreversibles. El tema tabú del sexo aparece cada vez con más frecuencia en las publicaciones. El último artículo que se discute es el del filósofo Kolbanovsky, que ataca a médicos y maestros por su fracaso en ayudar a los ciudadanos a comprender los problemas sexuales, lo cual enferma a la sociedad. Propone que se creen «clínicas sexuales» y que se difunda lo más posible la obra de Freud (desde hace tiempo, también, se advierte en la URSS un regreso a Freud, aplas-

tado hasta ahora por un falso esquema nacionalista de lucha con la psicología pavloviana). Kolbanovsky dice que cualquier persona que sufra un dolor de muelas o se rompa una pierna recibirá inmediatamente una adecuada y eficaz ayuda médica, pero que si tiene un problema sexual lo único que encontrará es el consejo de que «tenga paciencia» y que «probablemente todo el problema se irá solo». En toda la Unión Soviética no hay, hasta ahora, más que un Laboratorio de Sexología (fundado en 1966). La lista de espera de pacientes que quieren ser tratados en él es tal que es preciso esperar más de un año antes de ser recibido.

## SAN SEBASTIAN

### A la sombra de una sombra gloriosa



cho imperial», siete... Al margen de Marlene, su fabulosa creación; al margen del hecho de que cada uno de los planos en los que ella aparece sea una declaración de amor —«Todo lo que tenía que decir sobre miss Dietrich lo he dicho con una cámara», ha declarado repetidamente Sternberg—, el cine del autor de «Anathan» tiene en sí mismo una categoría tan excepcional, una modernidad tan absoluta que hace de él uno de esos pocos nombres ante los que no cabe más que la admiración rendida, el homenaje sin reservas. San Sebastián 69 habrá valido la pena, aunque sólo haya sido por depararnos la ocasión de descubrir a unos, de revisar a otros, en copias casi siempre —con la única excepción, hasta ahora, de la de «Underworld»— extraordinarias, diez títulos fundamentales —última que no se haya conseguido —«El embrujo de Shanghai»— de uno de los realizadores más geniales y hasta hace poco incomprendidos de la historia del cine. Aunque, con anterioridad, Televisión Española nos había ofrecido ya un excelente ciclo dedicado al mismo, hay que decir que en ningún caso su existencia ha sido un obstáculo para el éxito del presentado en el marco del Festival. Buena prueba de ello es la presencia de un público más que abundante, y en su inmensa mayoría joven, en la sala de proyección, y a una hora, «a priori», tan poco grata como son las diez de la mañana...

Una figura domina, sin duda, esta decimoséptima edición del Festival de San Sebastián, la de Josef von Sternberg. Presidente del Jurado, mientras el viejo maestro pasea su aún arrogante silueta por el marienbadesco paisaje de los alrededores del Victoria Eugenia y el María Cristina, en el cine Miramar se proyecta una retrospectiva dedicada a lo mejor de su obra. Si a Sternberg, hombre, se le nota el paso de los años —tiene setenta y cinco—, a los films no les ha salido ni una arruga. Hay que hacer un auténtico esfuerzo mental para darse cuenta de que por «Los muelles de Nueva York» han pasado más de ocho lustros, por «Capri-

Gracias a Sternberg, también, por una vez el Festival ocupa todas las horas del día de quienes asisten a él para algo más que acudir a cócteles o cenas de gala. Si otros años, por el relativo interés de las retrospectivas —una amputada muestra de cine «underground» el año pasado, una selección de «nuevo cine español» ya co-

